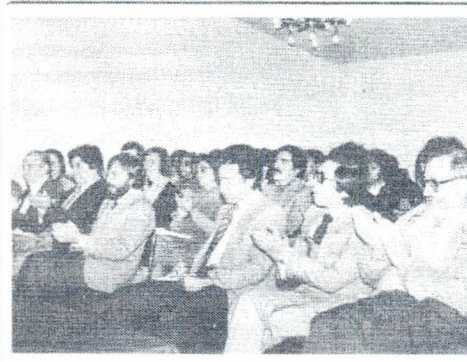


boletín

FILOSOFÍA Y LETRAS □ 4a. ÉPOCA □ AÑO 2 □ 1984



HEMEROTECA
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
U. N. A. M.

10

MAYO

durante la fracción de segundo en que permaneció abierto ese compás antropomorfo: ahí, sentado, limpiándose los anteojos.

Cuando le toca su turno, sube al estrado toda su estatura. Las cuartillas en la mano. Instalados los anteojos. Su voz, reprobada en el ejercicio oral de *erre con erre cigarro, erre con erre barril, que rápido ruedan las ruedas del ferrocarril*, reivindica todos los lugares comunes que había medio oído hasta entonces. Como aria del tenor Américo Scravellini, su discurso emprende el vuelo y estremece los prismas de los candiles del salón. Mejor que nunca, supe que esa voz nos había abierto las puertas condenadas, nos había liberado la palabra, nos había enseñado el juego.

Al término de su intervención, se anuncia un receso. Convaleciente, salgo del salón encandilado a respirar un aire menos denso y a buscar un baño donde desahogar tanta contención. Desemboco en el largo pasillo al que dan las dos puertas del salón. Y al fondo, ahí, ante mi vista, Julio Cortázar, que ha salido por la otra puerta con la misma precipitación que yo.

Camina hacia mí, quizás para ir al baño o quizás para bajar al *lobby* y tomarse un trago o hablar por teléfono. Viene hacia mí y yo voy hacia él. Ahí está, a treinta pasos, es decir a quince suyos y quince míos del encuentro en ese sucedáneo del *Pont des Arts* que es el pasillo. O para ser más

preciso y más respetuoso de las estaturas, a doce suyos y dieciocho míos, que ya van decreciendo, descontándose, dándose. ¿Cómo decirle, así, de golpe y porrazo, a la mitad del pasillo, sin un *gauloise* de por medio, sin una copa en la mano, sin Charlie Parker de fondo, que...? Más bien, ¿qué decirle? Perpendicular al pasillo se deja ver la entrada —o la salida, según se vaya o se venga— de otro pasi lo más corto, al que de seguro desembocan, a su vez, de un lado la pipa y del otro el abanico. Es decir que uno puede seguir derecho o doblar. Como una redención fulminante, se me viene a la cabeza un cuento de amor, de metro y de muerte inscrito en *Octaedro*.

Instantáneamente formuló un código, un rápido juego que despoje a nuestro encuentro, que se anuncia inminente, de las vilezas de la casualidad o del destino. Y me digo: si Julio da vuelta a la mitad del pasillo para dirigirse al baño, no tengo derecho a seguirlo; en cambio, si continúa caminando hacia mí para bajar al *lobby*, tendré que decirle, en el momento en que nos crucemos, no sé cómo, qué. Muy cerca ya de mis latidos y de mi rubor, ay, dio vuelta. Y yo no tuve el valor, en esa primera ocasión en que no lo conocí, de romper mi propio juego de ruptura para decirle "no puede ser que nos separemos así, antes de habernos encontrado". Eso se lo dije la segunda vez que no lo conocí, hace exactamente un año, en la Facultad de

Filosofía y Letras de la UNAM, cuando la casualidad o el destino, que entonces no pude conjurar, me dio la gracia de bienvenirlo al Auditorio Che Guevara, pletórico de estudiantes pletóricos.

Perdóname, me dijo a la salida, a la mitad de un abrazo obviamente desproporcionado, pero estoy enfermo. Y con un conmovedor "cuenta con un amigo" pospuso nuestro encuentro largamente imaginado.

¡Qué difícil aceptar que el autor de nuestras esperanzas esté muerto! Qué difícil, también, consolarse con la idea clásica de que pervive en sus obras, porque él se hizo amigo personal de cada uno de nosotros, más allá, si bien por ella, de la página impresa. Aunque no lo hayamos conocido.

Nada en la vida me parece más envidiable que no haber leído todavía un libro de Julio Cortázar. Cuando sus obras, a mediados de los sesentas, aún no circulaban fácilmente en México y una suegra que yo

tenía me las traía de Venezuela, me sentía como un niño ante un regalo envuelto, y con ritual regodeo aplazaba lo más posible su lectura para que no se me acabaran tan pronto. Los textos de Cortázar, claro, son para leerse cien veces —a mí se me terminó *Bestiario* como si fuera una pastilla de jabón—, pero la primera lectura, la del *knock out*, la que nos pone al borde del abismo es incomparable. Es, perdón por los lugares comunes, como la primera Maga, como el primer viaje a París, como la primera fiesta de baile. Por eso no he querido leer *Los astronautas de la cosmopista*. Creo que no podré soportar el vacío de no tener nunca más otro libro de Cortázar después de su lectura. En esta hora de desolación y de miedo a no mantener, sin Julio Cortázar, la risa y la esperanza, quisiera guardar este libro, como un último regocijo, para el día de mi muerte, y emprender, siguiendo la ruta del astronauta mayor, el último viaje de la cosmopista.

(Gonzalo Celorio)

MESA REDONDA SOBRE CENTROAMERICA Y EL CARIBE

AL CUMPLIRSE CINCUENTA años de la muerte del "General de hombres libres", Augusto César Sandino, la Coordinación